TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de esta virtud.— Cómo debe ser. Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla.

§ I

Dos mandamientos tenemos acerca de la caridad: el primero y principal, amar á Dios sobre todas las cosas; el segundo, amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos; este mandamiento es semejante al primero.

2. Estas últimas palabras manifiestan la excelencia del amor al prójimo; porque distando Dios infinitamente de nosotros, y teniendo nosotros que amarle sobre todas las cosas, todavía quiere que amemos al prójimo con un amor semejante al que tenemos á su divina Majestad.

3. El Señor nos dijo antes de morir: «Os doy un nuevo mandamiento: que os améis mutuamente como yo os he amado.» Su divina Majestad nos amó por Dios y para Dios, y he

aquí cómo debemos amar á nuestros prójimos. Es un nuevo mandamiento, porque es nuevo el amor que se nos pide, no de carne y sangre, sino espiritual y sobrenatural, y que nazca del mismo amor de caridad con que amamos á Dios. « Esto os mando, que os améis mutuamente, — añadió el divino Redentor. » Tal mandato nos lo deja como en testamento, para que veamos cuánto quería que quedase impreso en nuestras almas por lo mucho que su cumplimiento nos importa, pues quien ama al prójimo cumple la ley.

4. San Juan Evangelista repetía con frecuencia estas palabras: « Hijitos, amaos unos á otros »; y sus discípulos, enfadados de estar oyendo continuamente la misma sentencia, le dijeron que por qué siempre les decía lo mismo, y él les contestó: « Porque es mandamiento del Señor, y si lo cumplís esto sólo basta. »

5. Si tanta es la excelencia de la caridad fraternal, también es muy grande la necesidad que de ella tenemos, pues San Pablo nos ha dicho que sobre todas las cosas tengamos caridad, la cual es vínculo de perfección [1]; y San Pedro se expresa en estos términos: « Ante todas cosas os encomiendo la caridad y unión continua de unos con otros. » Ante todas y sobre todas las cosas, de manera que siempre ha-

1 Colos., III.

gamos de esto más caso que de todo lo restante. ¿Qué religión sería la nuestra si los cristianos no estuviésemos unidos unos con otros por medio de la caridad?

6. Si Dios así nos ha amado, nosotros debemos amarnos mutuamente. Es, por tanto, muy grande la necesidad y excelencia del amor del prójimo, y estima Dios en gran manera estos amores, el de Dios y el del prójimo, que son como dos anillos unidos entre sí y puestos en el dedo, que no puede quitarse el uno sin sacar el otro; por esto nos dice San Juan: « Si nos amamos mutuamente, Dios habita en nosotros y su caridad es consumada en nosotros... Si alguno dice: «Yo amo á Dios» y aborrece á su hermano, es un embustero. » Tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama á Dios, ame también á su hermano.

7. Dios se pone delante del prójimo, por decirlo así, de suerte que no podamos ofender á éste sin ofender á Dios; y por otra parte, Jesucristo recibe como si hubiere sido hecho á El mismo el bien que hacemos á los hombres sus hermanos.

§ II

8. El amor al prójimo no ha de ser de palabra y de lengua, sino de obra y de verdad. Somos miembros del cuerpo de la Iglesia, y Je-

sús es la cabeza de ese cuerpo [1]. Ahora bien: los miembros del cuerpo tienen solicitud unos de otros; si un miembro padece, todos los demás miembros padecen con él; si un miembro es honrado, todos ellos se regocijan con él. Están unidos entre sí y se ayudan mutuamente. Pues de esta manera debemos portarnos con nuestros hermanos, mirando los unos por los otros como por sí mismos, alegrándonos de su bien y sintiendo sus desgracias como si fuesen propias.

9. Los miembros del cuerpo tienen distintos oficios, y unos son superiores á los otros; y con todo, hay entre ellos la más perfecta unión, sin que los unos envidien el oficio de los otros, sino todos ellos se ayudan y se guardan en todo lo que pueden. Pues hagámoslo así también nosotros, sirviéndonos mutuamente movidos por la caridad [2].

10. Declaremos esto más en particular. San Pablo dice que la caridad es paciente y benigna. Estas dos cosas son muy necesarias para conservar el amor que debemos á nuestros hermanos; porque, como todos estamos llenos de defectos, tenemos mucho que nos sufran los demás; y siendo tan miserables como somos, necesitamos de que nos ayuden y nos hagan bien.

1 I Cor., XII.
2 I Cor., XII.

Llevemos los unos las cargas de los otros, y así cumpliremos la ley de Cristo, soportándonos mutuamente con caridad, siendo solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz; porque la caridad todo lo sufre, á todo se acomoda y lo sobrelleva todo. Si no sabemos sufrir y tener paciencia y sobrellevar á nuestros hermanos, no conservaremos la caridad. — La madre y la esposa sufren las importunidades del hijo y del marido; y si esto hace el amor natural, justo es que la caridad también lo haga, y con mayor perfección.

11. La caridad no es envidiosa; antes bien, el que ama de veras á otro, desea y se alegra tanto de su bien como si fuese propio suyo. El hijo de Saúl dijo á David: « Tú serás rey de Israel, y yo seré el segundo después de ti. »

12. La caridad hace suyo el bien de los otros, y, al contrario, la envidia, el bien ajeno lo hace su propio mal.

13. La caridad no es ambiciosa, no busca sus comodidades. Si queremos para nosotros la honra, la estimación, el mejor puesto, nuestras comodidades y regalos, no conservaremos la caridad; sentiremos que nuestros prójimos sean estimados y preferidos á nosotros, y nos alegraremos cuando no vayan bien sus negocios; tal vez llegaremos á obscurecer su mérito con nuestras palabras. Nace todo lo dicho del amor propio desordenado, de la envi-

dia, de la ambición y la soberbia, polillas que destruyen la caridad fraternal, la cual no se goza en los males del prójimo, sino en sus bienes, que tiene por suyos, así como el comerciante que está en compañía se alegra de las ganancias de los socios y siente sus pérdidas, porque unas y otras son suyas.

14. El amor fraternal no debe ser tan sólo interior, sino que ha de mostrarse en las obras, manifestando el aprecio y estimación que hacemos de nuestros hermanos, porque es apreciativo y nace del que tenemos de Dios, á quien estimamos sobre todas las cosas; y al paso que anduviere el aprecio que realmente tengamos al prójimo, andará el amor á Dios y todo lo demás; y así San Pablo nos dice que cada uno, por humildad, mire como superiores á los otros, y que nos anticipemos unos á otros en las señales de amor y preferencia [1]. No dice que no nos honremos unos á otros, sino que nos prevengamos en este oficio; que hablemos bien de nuestros prójimos, porque nada enciende y conserva la caridad como saber que se nos ama, y que se siente y habla bien de nosotros.

15. «¿Queréis recibir beneficios? — decía San Crisóstomo, — hacedlos á otro. ¿Queréis alcanzar misericordia? tenedla de vuestro prójimo. ¿Queréis ser alabados? alabad á los otros.

1 Rom., XII, 10.

¿Queréis ser amados? amad. ¿Queréis la ventaja y el honor? cededlo á los otros.»

16. Fuera de esto, hablar bien de todos edifica al mundo, porque descubre nuestra caridad; lo contrario lo escandaliza. ¿Tiene faltas nuestro hermano? pues nuestro amor las oculte; ¿tiene alguna buena cualidad? pues echemos mano de ella, y seamos como la abeja que coge la flor y deja las espinas, y no como el escarabajo, que se revuelca en el estiércol.

17. Síguese de lo dicho que debemos evitar las murmuraciones y los chismes, que son el veneno de la caridad. «Seis cosas, — dice Salomón, — abomina el Señor, y otra además le es detestable: el que siembra discordias entre hermanos [1].» «El chismoso, — dice el *Eclesiástico*, — contamina su propia alma, y de todos será odiado; será mal visto quien comercie con él [2].» Y también dice: «No seas llamado chismoso.» Y para que los chismes den sus funestos resultados no es indispensable que sean sobre materia grave, pues cosas muy sencillas que tengamos la imprudencia de revelar traerán consigo la desunión y le discordia, porque han lastimado á nuestro prójimo, han tocado el amor propio, que es sensible en gran manera y delicado. «Parecen sencillas las palabras del

1 *Prov.*, VI.
2 *Eccl.*, XXI.

chismoso, — dice la Escritura, — pero ellas penetran hasta lo más íntimo de las entrañas [1].» Y si es necesario que sepa nuestro hermano lo que de él se dice para su enmienda, no descubramos jamás quién lo dice; que esto sería perjudicar á nosotros mismos, á aquel de quien hablamos y al mismo que nos oye.

18. Al contrario de los chismes, las buenas palabras conservan y aumentan la caridad fraternal. «La palabra dulce y suave, — dice el *Eclesiástico*, — dicha con amor, multiplica los amigos y aplaca los enemigos, y la lengua graciosa vale mucho en un hombre virtuoso [2].» «La palabra desabrida, áspera y dura despierta los enojos [3].» Por esto importa mucho que nuestras expresiones siempre sean suaves y llenas de caridad; que el hombre sabio con sus palabras se hace amable.

19. No nos excusemos con la virtud del prójimo, la cual le hará sufrido y paciente, pues eso no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra; y advirtamos también que ni aun los más virtuosos se hallan siempre tan bien dispuestos que dejen de sentir nuestras faltas.

20. Qué palabras sean las que ofenden á nuestros hermanos, lo conoceremos poniéndo-

1 *Prov.*, XXVI, 22.
2 *Eccl.*, VI.
3 *Prov.*, XV.

nos en su lugar. Nadie quiere ser tratado sino con amor, suavidad, atención y finura; tratemos, pues, así á los demás.

21. Según lo que vamos diciendo, debemos evitar las palabras picantes, que pueden lastimar ó disgustar á nuestros prójimos, pues no hay que hacer á otro lo que no queremos que se haga con nosotros. Y si de las palabras ociosas hemos de dar cuenta el dia del juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas, pues ofenden y molestan á nuestros hermanos?

22. Evitemos también porfiar y contradecir, porque todo esto es contrario á la caridad. «Guárdate de porfías y contiendas, — decía San Pablo á Timoteo, — porque desedifican á los que las oyen. Al siervo de Dios no le conviene porfiar, sino ser manso y pacífico con todos [1].»

23. Muchas veces de cosa insignificante se trata, y no va nada en que sea de uno ó de otro modo, y en perder la paz y caridad sí va mucho. «No porfíes sobre cosa que no te importa nada,» — dice el *Eclesiástico* [2]. Y aun cuando pudiese seguirse algún inconveniente, esperemos mejor coyuntura y obtendremos mejor resultado. Pero si otro nos contradice, no porfiemos; mas después de haber afirmado una

1 Tim., II, 2.
2 *Eccl.*, XI.

ó dos veces lo que tenemos por verdad, dejemos á los otros sentir como quisieren; que es honor del hombre separarse de contiendas, mientras que todos los necios se mezclan en altercados [1]. Porque dejando la contienda hacemos un acto de caridad con el prójimo impidiendo su enojo, y otro de humildad al vencer el deseo que teníamos de triunfar en la disputa, y otro, en fin, de amor de Dios impidiendo los pecados que podían seguirse de ella; pues está escrito: «Apártate de las contiendas, y disminuirás los pecados [2].» Lo contrario desedifica, turba la paz, resfría la caridad y trae consigo otros muchos inconvenientes.

24. San Tomás de Aquino á nadie contradecía porfiadamente, sino decía su parecer con gran mansedumbre y dulces palabras, sin despreciar á nadie; antes estimando á los otros, porque sólo pretendía que fuese conocida la verdad. Imitemos tan noble y elevado ejemplo.

25. Dios permitió que entrase un demonio en el cuerpo del abad Moisés, en castigo de una palabra mortificativa y algo descompuesta que había dicho al gran Macario, el cual rogó al Señor, y por su ruego Moisés quedó libre del demonio.

26. Evitando estos defectos contra la cari-

1 *Prov.*, XX.
2 *Eccl.*, XXVIII.

dad, procuremos buen modo en lo que hacemos, y la dulzura y suavidad en todas nuestras expresiones, para que se entienda que el amor nos mueve y sea grato al prójimo el servicio que le hacemos. «Hijo, —nos dice el Señor, — no juntes con el beneficio la reprensión, ni acompañes tus dones con la aspereza de malas palabras. ¿No es cierto que el rocío templa el calor? Pues así también la buena palabra vale más que la dádiva. ¿No conoces que la palabra dulce vale más que el don? Mas el hombre justo acompañará lo uno con lo otro [1].» Y, por el contrario, sin buenas maneras y palabras suaves nuestros servicios no serán bien recibidos, porque el don del hombre sin buenas maneras contrista y saca lágrimas de los ojos.

27. Cuando no podamos servir á nuestros prójimos, procuremos compensar la negativa con tan buenas respuestas y expresiones tan dulces que quede satisfecho de nosotros, pues las palabras dichas con gracia y que muestran entrañas de amor han de abundar en el hombre virtuoso; por esto debemos confundirnos cuando hablemos de otra suerte, y es entonces necesario humillarnos y dar satisfacción á nuestro hermano.

28. Para servir bien á nuestros prójimos tenemos la regla siguiente: Hacer cuenta que

1 *Eccl.*, XVIII.

servimos á Dios, y no á los hombres, pues de esta manera todo lo haremos bien y con buen modo. Y cuando el prójimo nos sirva, nos hemos de haber como el criado á quien sirve su Señor; como San Pedro cuando Jesús le quiso lavar los pies: «¿Vos, Señor, me laváis á mí los pies?»

CAPÍTULO II

Cómo nos hemos de portar en los disgustos que tengamos con el prójimo — Gravedad de los juicios temerarios. — Sus causas y remedios.

§ I

Si desgraciadamente tenemos algún disgusto con el prójimo, procuremos luego volver sobre nosotros mismos y no contestar con aspereza; mas disimulemos y llevémoslo todo en paciencia, procurando responder con dulzura, porque la respuesta blanda y suave quiebra y detiene la ira, y, por el contrario, la contestación áspera y desabrida la despierta y enciende más, porque esto es echar leña al fuego en vez de apagarlo.

2. Andemos por lo mismo con mucho cuidado para no ofender á nadie, y muy prevenidos para sufrir con paciencia lo adverso, que acaso nos venga de parte del prójimo. Pero si le

hemos ofendido luego reconciliémonos con él, y que el sol no se ponga sobre nuestra ira [1]. No olvidemos que sólo la humildad repara las ofensas que hemos cometido contra el amor de nuestros hermanos.

3. Cuando éstos nos ofendan, nunca pensemos vengarnos, pues todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo, y ningún miembro, herido de otro miembro, se vengó de él. A nadie volvamos mal por mal, ni nos alegremos de las desgracias de nuestros hermanos, aunque sean muy leves, ni dejemos de estimarlos como antes, alejando de nosotros toda amargura, ira é indignación, siendo muy benignos unos con otros y llenos de misericordia y muy fáciles en olvidar las injurias, y esto muy de corazón. ¿Con cuánta sinceridad y hasta qué punto? Como el Señor nos ha perdonado, nos dice San Pablo. Su divina Majestad olvida enteramente nuestras culpas, y nos ama como si nunca le hubiéramos ofendido. De esta manera, pues, perdonemos también nosotros, sin admitir en el corazón ni la menor antipatía ni el más ligero resentimiento, no dejándonos vencer del mal, sino procurando vencer el mal con el bien.

4. El mal contra nuestros hermanos puede entrar en el corazón por medio de los juicios

---

1 Ephes., IV.

temerarios. Acerca de esto nos dice San Pablo: «¿Por qué os atrevéis á juzgar á vuestros hermanos y á menospreciarlos en vuestro corazón?» Si queremos, pues, conservar la caridad fraternal, debemos guardarnos mucho de los juicios temerarios y de las sospechas, que son una peste oculta, pero gravísima, que aleja á Dios de nosotros y destruye el amor del prójimo. Por este vicio lo infamamos con nosotros mismos, despreciandolo y teniéndolo en mal concepto. Y cuanto fuere más grave lo que juzgamos en su contra y menos suficiente el motivo para esto, mayor será la injuria que le hagamos. Si lo infamásemos para con otras personas, bien se ve la injuria que le haríamos: pues esta misma le hacemos al infamarlo con nosotros mismos; porque tanto estima el hombre tener buena reputación con nosotros como con los demás.

5. Pero es de advertir que el mal no consiste en tener tentaciones, sospechas y juicios contra el prójimo, sino en consentir en ellos; mas con todo, debemos guardarnos mucho de decirlos á otras personas, y aun en la confesión no hay para qué mentar las personas de quienes hemos juzgado, para no dar lugar á que otros juzguen ó sospechen lo mismo que nosotros.

6. En el juicio temerario usurpamos la jurisdicción de Dios, pues nos dice San Pablo: «¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Si

cae ó si se mantiene firme, esto pertenece á su Señor [1].»

7. La primera raíz de los juicios temerarios es la soberbia; porque si tuviéramos un gran conocimiento de nuestras faltas, bien lejos estaríamos de pensar en las ajenas. Y notemos que las personas aventajadas en la virtud suelen tener grandes tentaciones de juicios temerarios cuando ven á otros menos recogidos y no tan exactos en cumplir los deberes; pero el verdadero humilde está lleno de la sencillez de la paloma; tiene abiertos sus ojos para ver sus propias faltas, y cerrados para las de sus prójimos; esta conducta le trae grandes bienes: la confusión de sí mismo, el temor de Dios, el recogimiento y la paz del corazón. Y si llega á ver algún defecto en sus hermanos, luego registra su conciencia; y si en ella lo descubre, se humilla y confunde de nuevo, reconociendo su culpa.

8. Nacen también los juicios temerarios de nuestra mala conducta en la materia que juzgamos; pues siendo defectuosos, nos parece que son los demás lo mismo que nosotros. Si vemos por un vidrio azul, todo nos parece azul, y si el vidrio es encarnado, todo nos parece encarnado; así al malo, al imperfecto, todo le parece malo y lo echa él á mala parte, porque

---

1 Rom., XIII.

mala es su conducta; « pero al juzgar á otro se condena á sí propio, — dice San Pablo, — porque hace lo mismo que juzga ».

9. Cuando la conducta del prójimo es claramente mala, sin que pueda excusarse, aunque juzgarla por tal no es pecado, con todo, puede excusarse la intención, si no podemos más, pensando que obró por ignorancia, olvido, inconsideración ó por un primer movimiento inadvertido. ¿ Cómo nos excusamos á nosotros mismos, y nos defendemos, y disminuímos y aligeramos nuestras faltas? Pues hagámoslo así con el prójimo, porque debemos amarlo como á nosotros mismos, y entonces no nos faltarán razones que alegar en su favor. Pensemos que la ocasión fué terrible y muy graves los asaltos del demonio, y que si nosotros nos hubiésemos hallado en tales circunstancias tal vez habríamos sucumbido más culpable y lastimosamente.

10. Nacen también los juicios temerarios de la envidia y la emulación contra la persona que juzgamos, porque esas pasiones nos inclinan á ver el mal y á echar á la peor parte todo lo que tal persona ejecuta.

11. Arranquemos de nuestra alma tan funestas raíces por medio de un amor muy sincero de nuestros prójimos, pues la caridad oculta las faltas ajenas y nos ayuda en gran manera para alcanzar la sencillez y humildad de corazón. La falta de amor muchas veces nos causa disgusto con el prójimo por culpas muy ligeras, siendo así que Dios, por estas mismas, no deja de amarlo. Pues imitemos á nuestro Señor, que tanto á ellos como nosotros mismos, lleno de bondad y de paciencia, nos sufre mucho. De otra suerte podemos temer que nuestro amor al prójimo no sea de caridad ni agrade á Dios.

12. Fray León, compañero del gran Francisco de Asís, tuvo una visión maravillosa, en la cual contemplaba una bellísima procesión de religiosos menores, y entre éstos iba uno, Fray Bernardo de Quintaval, de cuyos ojos salían rayos más resplandecientes que los del sol, y eran tan claros y hermosos que no se le podía ver el rostro. El Señor lo había premiado con esta gloria porque siempre juzgaba bien de los demás, mientras él mismo se humillaba en todo, teniéndose por inferior á sus hermanos.